

## El debate sobre el Estado palestino

Ignacio Álvarez-Ossorio

Como ocurriera tras la guerra del Golfo de 1991, la Administración norteamericana ha renovado en las recientes cumbres de Sharm al-Sheij y Aqaba su voluntad de promover la paz entre palestinos e israelíes. La denominada Hoja de Ruta parece ser, para unos y para otros, la única alternativa posible para alcanzar un compromiso histórico entre los dos pueblos y cicatrizar uno de los conflictos más largos de la historia contemporánea. Pese al optimismo que pudiera desprenderse de los llamamientos de Abu Mazen a interrumpir la Intifada y del reconocimiento de Sharon de un Estado palestino independiente, no deberíamos pasar por alto que unos y otros difieren sobre el carácter de dicho Estado.

La principal crítica que los palestinos plantean a la Hoja de Ruta es que tropieza en los mismos errores que el proceso de Oslo: tratamiento de una sola dimensión del problema palestino, vagas referencias a las resoluciones internacionales, aplazamiento de las negociaciones en torno a Jerusalén y los refugiados y, por último, pero no por ello menos importante, ausencia de compromisos en torno a las fronteras del futuro Estado. De esta manera, la aplicación de la Hoja de Ruta podría convertirse en un nuevo proceso de Oslo con negociaciones interminables, nuevos desencuentros y profundización de la política de ‘hechos consumados’ israelíes, destinada a impedir el nacimiento de un Estado palestino independiente, soberano y viable. Es curioso que este planteamiento sea compartido tanto por los sectores islamistas –englobados en Hamas y Yihad Islámica– y laicos –los Frentes Popular y Democrático–, pero también por importantes sectores del propio partido de Arafat. Detrás de este rechazo se adivinan los interrogantes que subyacen en la Hoja de Ruta, pero también las dudas sobre el tipo de Estado que pretende imponer Ariel Sharon: un Estado inviable, sin soberanía ni continuidad territorial sobre la mitad de Cisjordania, basado en la imposición de la política de hechos consumados israelíes (anexión de Jerusalén Este, construcción de 200 asentamientos poblados por 400.000 colonos, división de Cisjordania en tres zonas comunicadas entre sí, desmilitarización y pleno control israelí de sus fronteras).

Por otra parte, tenemos que tener en cuenta que, a pesar de haber aceptado la Hoja de Ruta, el gobierno israelí mantiene todavía sus serias reservas. El trasfondo de la cuestión es que la creación de un Estado palestino, prevista para 2005, representaría la renuncia al sueño sionista de un Estado entre el mar Mediterráneo y el río Jordán. No hay más que observar con detenimiento a los integrantes de la coalición gubernamental israelí para aventurar las escasas posibilidades reales de aplicación de la Hoja de Ruta. El Likud tiene como compañeros de viaje al Partido Nacional Religioso, un grupo que defiende los intereses de los colonos que viven precisamente en los territorios palestinos ocupados, y a la Unidad Nacional, un grupo que aboga por la ‘transferencia’, un eufemismo para referirse a la expulsión de la población palestina a los países árabes limítrofes.

En este sentido, los miembros de la coalición de gobierno son herederos del pensamiento de Vladimir Jabotinsky, un revisionista judío que planteaba que los proyectos sionistas sólo serían aceptados por la población palestina en el caso de que fuesen impuestos por la fuerza. En su artículo “El muro de hierro”, publicado en 1923, escribía: “la colonización sólo puede continuar y desarrollarse bajo el paraguas de la fuerza: un muro de hierro que la población nativa no pueda romper. Sólo cuando no sea visible ninguna brecha en el muro de hierro [...], los moderados ofrecerán un compromiso sobre cuestiones prácticas como la garantía de no ser expulsados”. La vigencia del ideario de Jabotinsky en el Israel actual es patente, sobre todo cuando se observa la política israelí de ‘puño de hierro’ puesta en práctica en el curso de los últimos años contra la Autoridad Palestina.

Otro factor a tener en cuenta es que la Hoja de Ruta fue aprobada en un escenario completamente diferente del actual, en los meses previos a la guerra de Irak por las tropas angloamericanas, y que, consecuentemente, no refleja el nuevo contexto internacional creado tras la caída del régimen de Sadam Hussein y la ocupación del país. Sorprende que cuando la Administración de Bush parece haber optado por una política unilateralista al margen de las instituciones internacionales, apruebe un plan de trabajo, como es la Hoja de Ruta, que obedece a una acción multilateral y concertada de la comunidad internacional, representada también por la Unión Europea, la Federación Rusa y las Naciones Unidas. Esta paradoja se agudiza si tenemos en cuenta que ha sido Bush, el presidente norteamericano más cercano a Israel y más comprensivo con los argumentos de Sharon, quien por primera vez ha dado su visto bueno a la creación de un Estado palestino con su aceptación de la resolución 1.397 del Consejo de Seguridad. Hemos de tener en cuenta también que los neoconservadores que dominan la Administración de Bush tienen estrechos vínculos con el gobernante Likud y defienden sus planteamientos en torno a la necesidad de mantener el dominio sobre la Tierra de Israel. ¿Cómo se concilia esta situación con los llamamientos a la aplicación de la Hoja de Ruta realizados por Bush en las últimas cumbres?

**Ignacio Álvarez-Ossorio** es profesor de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante y colaborador de Bakeaz. Es autor del libro ‘El miedo a la paz. De la guerra de los Seis Días a la segunda Intifada’ (Madrid, 2001) y coeditor de ‘España y la cuestión palestina’ (Madrid, 2003).

© Ignacio Álvarez-Ossorio, 2003; © Bakeaz, 2003.  
Publicado en *El Correo*, 11 de junio de 2003.